

“Probablemente, esto pasará... Pero es cargante. Ni en broma me gusta esto de no ver. Tranquilízate, que yo lo llevaré con paciencia, y casi casi principio ya á acostumbrarme... Me alegraré mucho de no tener que llamar á un oculista, pues éstos, aunque curen, siempre cuestan un ojo de la cara.”

Pasó la noche sin suceso alguno notable: Bringas harto inquieto, con agudísimo dolor cefalálgico y en los ojos; Rosalía en vela, compartiendo su cuidado y vigilancia entre el marido ciego y la niña epiléptica, que fué acometida de pesadillas más alarmantes que las de ordinario, pues las escenas de aquella tarde la excitaron vivísimamente. Por dicha de todos, Candidita acompañó á su atribulada amiga la noche entera, consolándola con su sola presencia y prestándole auxilios muy eficaces. Era muy propia para casos tales, y sabía mil cosillas útiles de medicina doméstica. A lo más difícil encontraba pronta solución; jamás se acobardaba, ni sus baqueteados huesos conocían el cansancio.

Al alba, poco más ó menos, Rosalía, vencida del sueño, se adormeció en un sillón frente al lecho conyugal, donde el bueno de Thiers reposaba, aletargado ya; y lo mismo fué caer la señora en aquella modorra, que empezar á ver al Torres y su barba y nariz famosas. También se ofreció á su vista la suma, que corría pieza tras pieza, desarrollando sus unidades en dilatado espacio, y vió la apremiante hora de aquel día, que despuntaba amenazador... Recobróse la infeliz súbitamente abriendo los ojos. Creyó

haber oído un ¡ay! de Bringas; pero debió de ser ilusión suya, pues el santo varón parecía muy tranquilo, y su mesurado aliento indicaba que al fin se había dormido de veras.

“¡Torres... el dinero! — pensó Rosalía sacudiendo la cabeza para ahuyentar aquella idea, como si ésta fuera un moscón que se le posara en la frente. — ¡Y en qué circunstancias, Dios mío!...”

## XXI

Pero casi al mismo tiempo que tal decía, vino rápidamente al pensamiento, como esos rayos celestes de que nos habla el misticismo, una idea salvadora, una solución fácil, eficazísima, derivada ¡oh rarezas de la vida! de la misma situación aflictiva en que la familia se encontraba. ¡Qué cosas hace Dios! El se sabrá por qué las hace.

Levantóse del sillón quedamente y con mucha pausa para no despertar al enfermo. Ya sabía lo que tenía que hacer. La cosa era clara y fácil. Lo que no pudo hacerse el día anterior, se haría en aquél tan funesto. Había pensado ella varias veces en los candelabros de plata; pero ¿cómo empeñarlos sin que don Francisco, hombre de tan buen ojo, se enterase?... ¡Ya podía ser, ya podía ser!... Ella tendría buen cuidado de reponerlos en su sitio, juntando muy pronto el dinero preciso para el desempe-



ño, y así su marido no se percataría de nada cuando recobrase la vista. ¡Pluguiera á Dios y á Santa Lucía que esto fuera pronto! No siendo quizá bastante el producto de los candelabros para allegar la cantidad que necesitaba, pues, además del dinero de Torres, le hacía falta el del segundo plazo de *Sobrino Hermanos*, dispuso unir á las mencionadas piezas de plata los tornillos de brillantes que en las orejas llevaba, donativo de Agustín Caballero. Bringas no podía notar la falta; y si por acaso la notaba al pasarle la mano por la cara, ella le diría cualquier cosa: le diría que...

Que se los había quitado en señal de duelo. Doña Cándida le venía como de molde para la operación de crédito que proyectaba. Encontróla en el comedor, tan campante, tan despabilada, tan despierta como si no hubiera pasado una mala noche. Al punto sacó Rosalía el chocolate, para que su amiga se hiciese á su gusto el que había de tomar. Mientras la respetable señora se ocupaba de esto con la prolijidad que siempre ponía en tan grata operación, su amiga le participó sus proyectos. Oyéronse durante un ratito cuchicheos íntimos, y vióse la cabeza de Cándida haciendo movimientos afirmativos, bastantes á dar seguridad á la misma duda.

“Antes de las doce estará todo hecho. Tranquílcese usted... Para estas cosas me valgo yo de un amigo que es un lince... Sigilo, actividad, entendimiento, todo lo tiene; y despacha estos encargos en un decir Jesús.”

Hay motivos para creer que ya por aquella

época, la segunda etapa de su decadencia, principiaba Cándida á visitar en persona el Monte de Piedad y las casas de préstamos, bien para asuntos de su propia conveniencia, bien para prestar un delicado servicio á cualquier amiga de mucha confianza. A esto llamaba Máximo Manso la *segunda manera de doña Cándida*, y debo hacer constar que aún hubo una *tercera manera* mucho más lastimosa.

Todo se arregló, pues, aquella mañana tan fácil y prontamente como la de García Grande había dicho, pues no eran las once y media cuando ya estaba ella de vuelta con el dinero. Tomólo Rosalía con ansia, y se alegró de poseer lo bastante para cumplir con Torres y con Sobrino, conservando un resto para atenciones de poco más ó menos.

“No sé cómo agradecerle á usted... —dijo con vehemencia á su insigne amiga, estrechándole las manos.—Pronto volverá todo á casa, pues no me gusta que mis alhajas hagan estas excursiones; y sólo por una gran necesidad...”

No se sabe cómo rodó la conversación hacia un cierto apurillo que había, por la mucha calma de un pícaro administrador... Cuestión de dos ó tres días... ¿Cómo negar este favor á quien se había portado tan bien? Rosalía creyó que se arrancaba un pedazo de sus entrañas cuando se le fueron de entre las manos aquellos diez duros con que apagó la sed metálica de su amiga. Pero no había más remedio. Muy gozosa pasó doña Cándida á ver á Bringas, el cual dijo que se sentía mejor, aunque muy



débil de la cabeza. El médico le había examinado por la mañana, y su pronóstico fué bastante favorable. Recobraría pronto la vista... y... Aún creía ver algo cuando se apartaba la venda... Lo que hacía falta era mucho reposo, paciencia y tomar con método y puntualidad las medicinas prescritas.

“¿Quién ha entrado?—preguntó Bringas vivamente.

—Me parece que es el señor de Torres—replicó Cándida,—que ha venido á preguntar por usted.

—Tengo la cabeza tan débil, y al mismo tiempo tan trastornada, que me pareció oír contar dinero... Aunque no quiera, y aunque el médico me ordene que no me ocupe de nada, no puedo menos de prestar atención á todo lo que pasa en la casa. No lo puedo remediar. Tengo el oído siempre alerta, y hasta cuando me duermo paréceme que no se me escapa ningún rumor.”

Díjole ella cuerdamente que todo cerebro enfermo pide inacción; que le convenía entregar sus sentidos á la indiferencia y al descanso; que mientras estuviese en la cama no se le había de dar conversación, y que ni aun sus hijos debieran entrar en la alcoba. Con esto se manifestó él conforme, dando un gran suspiro, y sostuvo que para lo que necesitaba más paciencia y fuerza de voluntad era para reprimir su afán de enterarse de todo y de dar órdenes.

Mientras esto se hablaba en la obscura alcoba, Rosalía cuchicheaba con Torres en la Saleta. Por grandes que fueron las precauciones to-

madras para no hacer ruido de dinero al contar veinte duros en plata, algún leve tin-tin hubo de vibrar en la habitación y extenderse por la casa en ondas tenues hasta llegar al sutil oído de Bringas. Torres, muy afectado por la dolencia de su amigo, expresó la esperanza de que no fuera cosa grave... El tenedor de libros de Mompous había tenido un ataque semejante á la vista. “Nada: que estando un día escribiendo, se quedó ciego... Creyeron al principio que era gota serena; pero con diez días de venda y algunas medicinas, se puso bueno, aunque siempre delicado. En los baños de Quinto se acabó de curar...” Despidióse el susodicho tan contento por llevarse su dinero, como afligido por el percance de don Francisco.

A Isabelita, que estaba triste, afectada y sin ganas de comer, la mandaron á casa de Cándida para que pasara allí todo el día jugando con Irene y otras niñas de la vecindad. Alfonsín fué al colegio, y Paquito, á quien la enfermedad de su papá tenía muy melancólico, no salió de la casa ni quiso probar bocado en el almuerzo. Cándida fué la única persona que allí mostró un regular apetito.

“Es preciso alimentarse, aunque sea haciendo un esfuerzo—decía á la de Bringas.—No se deje usted ir así. Hay que tomar fuerzas para poder velar y trabajar y atender á todo... Yo tampoco tengo ganas; pero me domino, hija, y como por obligación, porque es preciso.”

Poco después recibió nuestra amiga una esquelita de Milagros, en que le decía que todo



se había arreglado al fin satisfactoriamente, y que la esperaba por la noche. La carta respiraba alegría y satisfacción.

“Esta pobre Milagros no sabe lo que nos pasa...—dijo Rosalía rompiendo la carta.—La pobre me suplica que no falte esta noche. Hijo, vete un momento allá y dale cuenta de esta desgracia... Mira, al regreso te pasas por casa de Pez y enteras también á Carolina... ¡Ah! ella tiene la culpa con sus obras de pelo. ¡Qué esperpento de mujer!...”

La modista fué aquel día; pero la señora la despidió diciéndole que no estaba la Magdalena para tafetanes; que volviera la próxima semana. Por la tarde fué también Milagros, que sentía mucho no haber sabido antes el suceso para *ir volando* á consolar á su amiga. Su pena sincera no era parte á ocultar la satisfacción que la embargaba por el feliz arreglo de su conflicto metálico en aquel día crítico. Cómo y de qué manera se había hecho el arreglo, ya lo diría más adelante, pues no era ocasión de importunarla con cosas que no le importaban... “¿Y el médico, qué dice?” La excelente señora esperaba que la ceguera fuese una desazón de pocos días. Pediría á Dios que curase á aquel hombre tan bueno, á aquel modelo de los padres de familia... “¡Cuánto siento que no pueda usted venir esta noche á mi casa!... De seguro estará la reunión muy brillante; y en cuanto al *buffet*, será de lo más espléndido... Ya, ya le contaré á usted cómo... Hay para rato...”

Despidiéndose junto á la puerta, no pudo

reprimir algunos desahogos muy espontáneos de su pasión dominante. Como quien dice un secreto de importancia, declaró á su amiga que se pondría aquella noche el vestido de muselina blanca con viso de *foulard*, color lila, al cual había hecho poner un *entredós* y casaca Watteau... A última hora se había podido arreglar una camiseta como la que le mandaron de París á la de San Salomó... Pensaba peinarse con el cabello levantado, ondulado, gran trenza alrededor de la cabeza y largos bucles por detrás... “En fin, no está usted de humor para oír tanta tontería... Adiós, adiós... Mañana vendré á saber cómo sigue nuestro don Francisco, y á contar, á contar...”

Bringas, que de todo se enteraba, dijo á su esposa:

“Ya oí tus secreteos con la Tellería en la puerta. ¿Y qué tal? ¿Ha caído algún bobo?... ¡Pobre mujer! De veras te digo que más vale comer en paz un pedazo de pan con cebolla, que vivir como esa gente, entre grandezas revestidas de agonía... ¡Y esta noche gran jaleo!... Te juro que les tengo lástima...”

## XXII

Animábase mucho, porque cuando se alzaba un poquito la venda, contraviniendo las órdenes del médico, percibía la luz, aunque con impresión turbada y dolorosa. Como quiera



que fuese, tenía el convencimiento de que el órgano no estaba perdido, y de que más tarde ó más temprano recobraría el uso de aquella función preciosísima. El cosquilleo le molestaba mucho, y también la visión calenturienta de millares de puntos luminosos ó de tenues rayos metálicos, movibles, fugaces, imágenes de los malditos y nunca bien execrados pelos que conservaba la enferma retina. Con todo, llevaba mi hombre su mal resignadamente, y lo que pedía por Dios era que le sacaran del lecho, pues era para él grandísimo suplicio estar tendido boca arriba, revuelto entre las sábanas ardientes. Permitióle el médico levantarse de la cama á los tres días, mas con orden terminante de no moverse de un sillón y estarse quieto y mudo, indiferente á todo y sin recibir visitas ni ocuparse de cosa alguna, siempre vendado rigurosamente. Levantóse, y le instalaron en Gasparini, en cómodo sillón con almohadas. No se permitía que nadie entrara á darle conversación, ni se le obedecía cuando suplicaba á Paquito por las noches que le leyese algún diario. Respecto á su apartamiento de los asuntos domésticos, poco pudo lograr Rosalía, pues aunque él se preciaba de dejar al cuidado de ella todas las cosas no podía contener su anhelo de autoridad, de aquella autoridad tan bien ejercida durante largos años; y á cada momento se acordaba del buen uso que había hecho de sus funciones.

—Rosalía...

—¿Qué quieres, hijito?

—¿Qué principio has puesto hoy?

—¿Para qué te ocupas...?

—Me ha olido á estofado de vaca... No me lo niegues... Ahora, más que nunca, hay que apelar á las tortillas de patatas, á las alcachofas rellenas, á la longaniza, y, si me apuras, á asadura de carnero, sin olvidar las carrilladas. Si te fías de Cándida y le encargas la compra, pronto nos dejará por puertas. Ya sabes que esa señora derrochó dos fortunas en comistrajos... Di una cosa: ayer pusiste para almorzar merluza frita.

—Es que creí que el médico te mandaría tomarla. Por eso se trajo. Después resultó que no.

—Oye una cosa... ¿Dónde está ahora Cándida?

—Está en la Furriela. No temas que te oiga.

—¿Por qué no haces, con buen modo, que se vaya á comer á su casa? No me gustan convidados perpetuos. Un día, dos, pase...

—Pero, hombre... ¡Si supieras cuánto me ha ayudado la pobre!... Mañana veremos. No puedo decirle de buenas á primeras que se vaya...

—¿Qué te ha traído Prudencia de la plaza de la Cebada?

—Las tres arrobas de patatas.

—¿A cómo?

—A seis reales.

—Mira, hijita, no olvides de apuntar todo, para que cuando yo esté bueno, pueda seguir llevando la cuenta del mes. ¿Has traído aceite? No traigas vino, pues ya sabes que yo no lo gasto por ahora. El médico me dice que tome un dedito de Jerez; pero no lo compres. Si do-



ña Tula te manda las dos botellas que te prometió, lo tomaré; si no, no. Si Cándida sigue viniendo por las mañanas y es forzoso darle la jicarita de chocolate... ¿Me podrá oír?

—No: no hay nadie.

—Pues digo que traigas para ella del de á cuatro reales, que sin duda le sabrá á gloria: yo dudo que en su casa cate ella otra cosa que el de tres... Estoy pensando en el regalo que tenemos que hacer al médico, y en eso se nos van á ir todos nuestros ahorros. Y gracias que no me traiga acá un oculista; que si lo llega á traer, apaga y vámonos. Dios querrá no sea preciso... Ayer habló de tomar baños. Tiemblo de pensarlo. Esto de los baños es una monserga que los médicos han inventado ahora para acabar de exprimir el jugo á los pobres enfermos. En mi tiempo no había tales baños, y por eso no había más enfermedades. Al contrario, creo que moría menos gente. Si habla de baños, te lo recomiendo, hija: ponle mala cara, como se la pongo yo..

Lo más singular era que ni en aquel estado mísero hubo de abandonar mi buen Thiers la contabilidad de su casa. Mientras estuvo en el lecho, dió á su mujer las llaves de la gaveta donde tenía el dinero; pero desde que se levantó quiso empuñar de nuevo las riendas del gobierno y ejercer aquella soberana función, que es el atributo más claro de la autoridad doméstica. No acobardado por su ceguera, y sobreponiendo su activo espíritu á la dolencia corporal, levantábase de su asiento, acercábase á la mesa, palpaba los muebles para no trope-

zar, y abría la gaveta para sacar el cajoncito donde estaba el dinero. Había adquirido ya su tacto, en tan corto período educativo, la finura que poseen en el suyo los privados de la vista, y conocía las monedas sólo con sopesarlas y sobarlas un poco. Con la arqueta sobre las rodillas, iba sacando y contando hasta poner la regateada cantidad en las manos de su mujer. Esta hacía alguna observación tímida. “Ya ves, hijito: el gasto es mayor en estos días.

—Pues que no lo sea. Arréglate... ¡Ah! Hoy es sábado: los veinticuatro reales del carbenero... En cuanto al maestro de baile, si insiste en subir más cubas, que yo no pago más que lo de costumbre; lo demás es por su cuenta. No me pongas más caldo de gallina, á no ser que el cocinero jefe te mande alguna. Suprimido el cuarto de gallina ó el medio pollo. Felizmente, me he acostumbrado á no ser hombre de melindres. El caldo del cocido con su buen hueso y tuétano, vale más que nada..

Rosalía, por no contrariarle, á todo decía *amén*. Después de sacar el dinero del gasto cotidiano, quedábase Bringas un rato con la arqueta sobre las rodillas; y levantando un falso fondo que el mueblecillo tenía, sacaba una vieja y sobada cartera, entre cuyos dobleces iban apareciendo algunos billetes del Banco. Con exquisito tacto los repasaba, los desdoblaba, los volvía á doblar cuidadosamente, diciendo: “Este es el de quinientos, éstos dos de cuatro mil...”, etcétera. Conocíalos por el orden en que estaban colocados... Luego ponía todo en su sitio con respetuosa pausa; guarda-



ba el arca, y echando la llave, depositaba ésta en el bolsillo izquierdo de su chaleco. La señora le guiaba hasta volverle á poner en el sillón. Esto se hacía siempre á puerta cerrada, pues antes de escudriñar su tesoro mandaba á Rosalía que echase el pasador á la puerta para que no entrara nadie.

Una semana transcurrió desde el día de San Antonio, tristísima fecha en la casa, sin que el enfermo adelantara gran cosa. No estaba mejor; bien es verdad que tampoco había empeorado, lo cual, al fin y al cabo, siempre es un consuelo. No había duda alguna de que las funciones ópticas se conservaban intactas, es decir, que don Francisco veía; mas era tan penosa la impresión de la luz en sus ojos, que si por un instante se levantaba la venda, los crueles dolores y el ardor vivísimo que sentía obligábanle á ponérsela otra vez. Su mujer le cuidaba con un esmero y atención dignos del mayor elogio. Ella le ponía las compresas de belladona sobre los párpados cuando los dolores eran grandes, y le frotaba las sienes con belladona y láudano. Dábale todas las noches el calomelano con ligera dosis de opio cuando había insomnio; pero en nada ponía tanto cuidado la solícita esposa como en amonestarle para que no se levantase nunca la venda, pues era el pobre señor tan vivo de genio, que desde qué se sentía un poquito mejor ya le faltaba tiempo para *echar una miradita* al mundo, como decía.

—“Por Dios, hombre, no seas así... Mira que te perjudicas. Eres como los chiquillos. No sé

de qué te valen la razón y los años. Te dice el médico que por nada del mundo te descubras, y tú empeñado en que sí... De ese modo no adelantas nada. Ten paciencia, que día llegará en que te quites ese trapajo negro y puedas mirar directamente al sol. Pero ahora, por algún tiempo, ciegucecito y nada más que ciegucecito. Con que mucha formalidad, que si das en *abrir la ventanita*, como dices, te amarraré las manos.

—Es que esta maldita venda—dijo Bringas dando un suspiro,—me agobia, me pesa como si fuera el bastión de una muralla... Es verdad que padezco mucho cuando me hiere la luz; pero también la impaciencia y, sobre todo, la obscuridad, me mortifican horriblemente... Es un consuelo ver de rato en rato alguna cosilla, aunque sólo sea la cavidad de la habitación, con los objetos confusos y como borrados; es consuelo verte, y por cierto que si no me engaña esta pícara retina enferma, tienes puesta una bata de seda... La que te dió Agustín, ¿no la habías deshecho para cortar un vestido á la niña? *Ainda mais*, la que llevas ahora es de un color así como grosella...,”

### XXIII

Rosalía oyó esto desde la puerta. Desconcertada al pronto, no tardó en recobrar su serenidad, y dijo riendo:



“¿Pues no dice que llevo bata de seda?... Sí: para batas de seda estamos... Ahí tienes lo que te vale asomarte á la ventanita. Todo lo ves cambiado, todo lo ves equivocado: el tartán se te antoja seda, y este color pardo, sucio, te parece grosella...”

—Pues yo juraría...

—No jures, hijito, que es pecado... ¡Batas de seda...! qué más quisiera yo...”

Y salió prontamente. En el Camón mudó la bata que tenía puesta por otra muy vieja, que era la que generalmente usaba...

“¿Estás aquí?—preguntó Bringas después de aguardar un rato, durante el cual hubo de dudar si su esposa estaba presente ó no.

—Aquí estoy... sí—respondió Rosalía contestando apresurada.—El panadero... hoy no he tomado más que tres libras...

—Pues yo juraría... ¿Será que todo lo veo trastornado?

—¿Todavía estás con lo de la bata?...—dijo Rosalía acercándose á él y haciéndole caricias...”

El ciego tocó la tela, estrujándola entre sus dedos.

“Lo que es al tacto, lana es, y muy señora lana...”

Y después de otra pausa, durante la cual ella no dijo nada, Bringas, azuzado por su ingénita suspicacia, añadió:

“Como no te la mudaras en el ratito que estuviste fuera... Me pareció haber sentido ruido y frotamiento de tela...”

—¡Jesús!... Oír es. Puede que sí. Está ahí

la modista arreglando los vestidos de Milagros...”

Paquito, que acababa de entrar de la calle, se sentó junto á su padre para contarle algunas anécdotas de las que corrían y leerle sueltos de periódico. Aquella tarde fué Milagros, que también había ido las anteriores, demostrando por la salud del señor don Francisco un interés verdaderamente fraternal. Algunos ratitos le acompañaba; pero pronto se dirigían ella y su colega al aposento más lejano, que era la Furriela.

Nunca explicó claramente la Marquesa á su amiga cómo había sido aquel feliz arreglo de la famosa apretura del día 14; pero ello debió de ser un préstamo á cortísimo plazo, por lo que se verá más adelante. Lo cierto es que la cena fué esplendísimá, y un célebre cronista de salones, con aquel estilo eunuco que les es peculiar, la ponderó y ensalzó hasta las nubes, usando frases entre españolas y francesas que no repito por temor á que, leyéndolas, sientan mis buenos lectores en su estómago efectos parecidos á los del tártaro emético. Cuando le leyeron á don Francisco la relación de la lucida fiesta, el buen señor no cesaba de repetir: “¡Quién sería el bobo, quién sería el bobo...!”

Los primeros días después del sarao, Milagros parecía muy satisfecha. Paulatinamente su contento amenguaba, y hacia el 20 podíais notar en ella súbitos ataques de tristeza. No pasó el 22 sin que á ratos revelara con hondos suspiros una aprensión muy grave. Por San Juan ya los ratos de tranquilidad eran los me-



nos, y la Marquesa anunció á su amiga confidencias muy desagradables. Esta se asustaba oyendo tales augurios, y veía venir una nube más negra y tempestuosa que la pasada. Entre tanto, los cariños de Milagros eran tan extremados, que Rosalía no sabía cómo agradecerlos. A menudo hablaban de trajes y modas, aunque la de Bringas no tenía gusto para nada mientras su esposo estuviese enfermo. Por fortuna, el médico anunciaba una curación pronta, y con este pronóstico feliz tomaba tales alientos la dama, que su espíritu empezó á reservar un hueco no pequeño para todo lo concerniente al orden de la indumentaria elegante. Los regalitos de Milagros en aquella ocasión triste le llegaban al alma. Y cuenta que no eran bicoca estos obsequios. Una tarde, al despedirse, le dijo: "¿Sabé usted que el sombrero Florián no me va bien? A usted le caería perfectamente. Se lo voy á mandar."

Y se lo mandó. Otro día hablaron de vestidos con más calor. "El de pelo de cabra, que tengo á medio hacer, no me gusta. Se lo enviaré mañana... Como usted ha de ir forzosamente á baños con su marido, puede usarlo allá... No, no me lo agradezca usted. Si no me sirve... También le traeré el *fichú* con cinta de terciopelo verde, y un casquete de fieltro para que usted se lo arregle fácilmente. Para baños, delicioso. Le mandaré igualmente flores, plumas, *aigrettes*... Tengo seis cajones llenos de estas cosas... Hoy me llevó la modista la bata grosella... Sabe usted que no me va muy bien? Ese color sólo sienta bien á las

gruesas, á las caras frescas... ¿La quiere usted? Puede hacerle algunas variaciones, ensancharla un poquito, y le servirá... La tela es riquísima."

He aquí cómo entraron en la casa todas estas ricas prendas. Rosalía, como hemos dicho, no tenía gusto para nada, y las iba almacenando en el Camón. Alguna vez, cuando su espíritu estaba sosegado, por las buenas esperanzas que daba el médico, solía encerrarse en la citada pieza para probarse la bata, el vestido, el sombrero... Sin poder resistir la tentación, dispuso con Emilia varios arreglos, alargando unas cosas, reformando completamente otras. A veces, dejándose llevar de su apasionado afán, salía del Camón y daba dos ó tres vueltas por la casa con todos aquellos arreos sobre su cuerpo. Para esto esperaba á que la criada y los niños estuviesen fuera, y don Francisco encerrado en Gasparini con Paquito. Más de una vez se mostró engalanada á la admiración de Cándida, solicitando del criterio de ésta una aprobación ó censura juiciosas. La viuda siempre se sentía tocada del furor del aplauso, y para que no lo diese con aspavientos ruidosos, Rosalía se llegaba á ella con el dedo en la boca, incitándola á reprimir toda manifestación de pasmo y sorpresa, no fuera que algún sutil oído percibiese lo que en la Saleta ocurría. Luego tornaba melancólica al recatado Camón, y allí se despojaba de aquellas galas, diciendo con pena: "No tengo gusto para nada, no está mi espíritu para estas bromas."

El 26 fué cuando la de Tellería, no pudien-



do ya contener la ola de tristeza que se desbordaba en su afligido pecho, la vertió sobre el de su buena amiga, previo este exordio patético que nos ha conservado la historia:

“También le mandaré á usted el vestido de muselina con visos violeta... y todos mis encajes de Valenciennes, punto de Alençon y *guipure*. ¿Para qué quiero nada ya? Las pocas joyas que me quedan tal vez sean algún día para usted... Yo estoy perdida; no tengo más remedio que esconderme, entrar en un convento, huir ó qué sé yo... Si pudiera entrar en un convento, sería lo mejor... Y si Dios me quisiera llevar, ¡qué servicio me haría!... Pero no sé lo que me digo... Se pasmará usted de verme tan aturdida, tan trastornada, que no parezco la misma... ¡Cuando usted sepa...! Es que llueven sobre mí las calamidades, como si el Señor quisiera probarme. Dicen que así se hacen méritos para la otra vida, y tiene que ser, tiene que ser, porque si no, amiga mía, ¿qué cosa más triste que penar aquí y penar allá?... Yo nací con mala estrella... Hasta ahora, los conflictos en que me ha puesto mi mariducho han sido tales, que los he ido sorteando con maña... Dios sabe el mérito grande, ¿qué digo mérito? el heroísmo de estos últimos años. ¡Qué sofocaciones para sostener la dignidad de la casa, para que á los hijos no les faltase nada!... ¡Y algunos días, qué afán horroroso para que los criados pudieran decir: “la sopa está en la mesa!...” ¡Cuánta humillación, cuánto padecer, y qué lucha, amiguita, qué lucha con acreedores, con gente ordinaria y con toda clase de pe-

digüenos!... Pero cuando se van acumulando las dificultades, cuando se prolonga mucho el sistema de abrir un hueco para tapar otro, y prorrogar y aplazar, llega un día en que todo se va de través: es como un barco ya muy viejo y remendado, que de repente se abre... ¡plum!... y...

Al llegar á esto del barco averiado, el lenguaje de la pobre señora, más que lenguaje, era un sollozo continuo. Rosalía, casi tan apenada como ella, la incitó á que explicara el motivo de tanta desdicha, para ver si, conocido de una manera clara y concreta, era fácil buscarle remedio. Mas la Marquesa no supo ó no quiso exponer su conflicto en términos categóricos. Ello era cosa de reunir para fin de mes una cantidad no pequeña. Si no la tenía, veríase en el mayor y más grave compromiso de su vida, y quizás, ó sin quizás, expuesta al vilipendio de ser llevada á los tribunales de justicia. ¿Pero qué era...? ¿Tal vez que un amigo se había comprometido por sacarla del difícil paso, y ella había puesto su malhadada firma...? ¡La muy tonta! ¿por qué no se cortó la mano antes...? Es verdad que si se hubiera cortado la manecita, no habría tenido cena en la mil veces malhadada noche del 14.

Rosalía, que sabía de lógica más que la Marquesa, díjole que por qué no escribía á su administrador de Almendralejo para que le anticipase la renta del trimestre, aunque fuera con descuento. A lo que Milagros contestó entre suspiros que ya esta probable solución se había tanteado, y no podía contar con la renta



hasta el 15 de Julio... Eso sí, la renta era segura, y á la persona que le hiciera el anticipo, le pagaría puntualmente en dicha fecha.

—¿Pero no puede usted aplazar...?

—Imposible, hija, imposible... Tan imposible como que vuelen los bueyes ó que mi marido tenga sentido común.

—¿Y su hermana de usted, Tula...?

—Más absurdo aún...»

Rosalía alzó los hombros. No veía salvación. Pero Milagros, que iba tras el *quid* de que su amiga la sacase de aquel profundo atolladero en que estaba, echóle los brazos al cuello y con ahogada voz le deletreó en el oído estas palabras, más lacrimosas que el cenotafio en que don Francisco había trabajado con tan mala fortuna: "Usted... usted, amiga del alma, puede salvarme...»

Dicho esto, le entró una congoja y una convulsioncilla de éstas que las mujeres llaman ataque de nervios, por llamarlo de alguna manera, seguida de un espasmo de los que reciben el bonito nombre de síncope.

## XXIV

Fué preciso traerle un vasito de agua, desabrocharle el corsé, y no sé qué más.

"Pero yo... ¿cómo...?—exclamaba Rosalía, mucho después, espantada;—¿cómo puedo yo...?"

—Pidiéndolo á don Francisco. Le daré inte-

rés, el rédito que quiera y un pagaré en toda regla... Traeré la carta de mi administrador para que la vea. Dice que cuente con la renta para el 15. No es mi administrador como el de doña Cándida, un vano fantasma, sino un sér de carne y hueso. Bien se conoce esto en que sus anticipos son siempre al veinte por ciento..»

Rosalía denegaba enérgicamente con la cabeza y con la voz...—"Hija mía, usted se hace ilusiones. Mi marido no tiene un cuarto. Y si lo tuviera, no lo daría. Usted no le conoce...»

A esta razón terminante opuso la angustiada señora otras que denotaban su perspicacia y los infinitos recursos de su ingenio. Que don Francisco tenía era un punto inconcuso, superior á todas las dudas. Sentado este principio, la cuestión quedaba reducida á ver cómo se vaciaba el misterioso tesoro en las necesitadas manos de Milagros. Si una esposa fiel tomaba á su cargo esta empresa, que no era un arco de iglesia, bien podía efectuarse la transferencia sin contar con Bringas para nada. La fiel esposa no debía tener escrúpulos de conciencia por esta acción un tanto incorrecta y temeraria, porque la cantidad sería repuesta antes de que el buen señor se hallara en estado de advertir la falta.

"Pues qué, ¿cree usted que don Francisco verá antes del día 15 de Julio?..»

Esta pregunta, hecha por Milagros en el calor de la improvisación, lástimo bastante á Rosalía.

"Yo espero que sí; y si así no fuera, como